

Segundo Domingo de Cuaresma. Ciclo A

“Señor, qué bueno sería quedarnos aquí”

RIXIO G PORTILLO R.
RAYMUNDO A PORTILLO R.
WWW.JESUS-SACRAMENTADO.ORG

Seguimos nuestra peregrinación cuaresmal encaminados hacia la Pascua de Resurrección. En este domingo se nos presenta el episodio de la Transfiguración del Señor, acontecimiento que tuvo lugar unos meses antes de la entrada de Jesús en Jerusalén.

En la escena encontramos a Cristo orando y a su alrededor Moisés y Elías, unión entre la tradición hebrea y la profecía del Mesías cumplidas en el mismo Cristo, que desde el centro de la

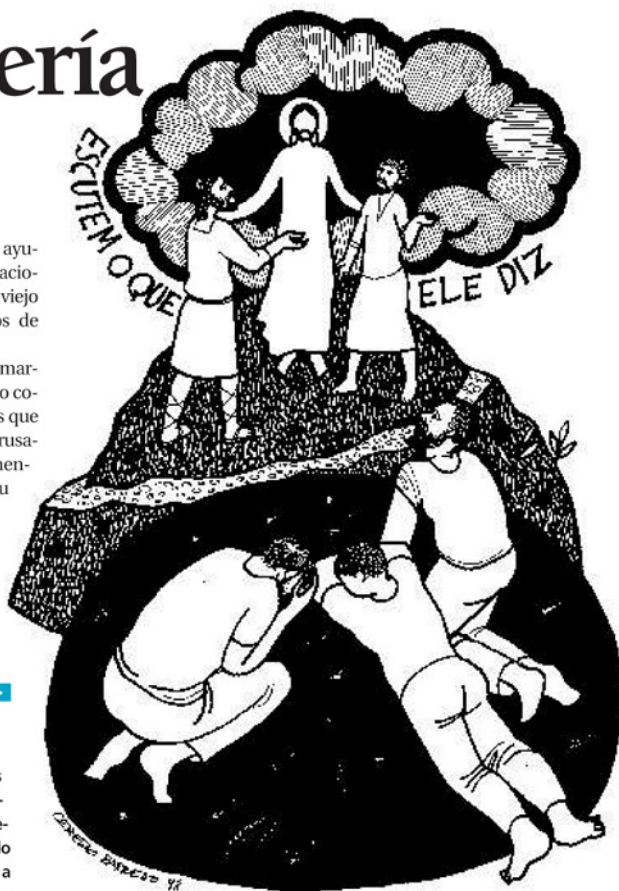
escena es glorificado con sus vestidos iluminados como el sol, irradiando la divinidad de su Padre.

Es esta luz la que anima a Pedro a pronunciar esta frase: “Señor, qué bueno sería quedarnos aquí”, quedarse junto a Dios, quedarse contemplando su presencia; ya que el corazón de todos los hombres anda inquieto hasta que no descansa en Dios.

La vida de todos los hombres es una búsqueda, una búsqueda por el sentido de la propia existencia, por el sentido del mal y del sufrimiento, por eso Jesús aparece Transfigurado, animándonos en

nuestro camino cuaresmal, ayudándonos a vencer las tentaciones y a dejar atrás el hombre viejo que nos empuja a alejarnos de Dios.

Sin embargo la cruz sigue marcada en el horizonte; y por eso como discípulos suyos tenemos que continuar subiendo hacia Jerusalén, para encontramos realmente con la mayor prueba de su amor; que en esta semana podamos exclamar desde lo profundo de nuestro ser “Señor no nos alejaremos de ti: danos vida para que invoquemos siempre tu nombre”. (cf. Sal 76)



Evangelio según san Mateo (Mt 17, 1-9)

En aquel tiempo, Jesús tomó consigo a Pedro, a Santiago y a Juan el hermano de éste, y los hizo subir a solas con Él a un monte elevado. Ahí se transfiguró en su presencia: su rostro se puso resplandeciente como el sol y sus vestiduras se volvieron blancas como la nieve. De pronto aparecieron ante ellos Moisés y Elías, conversando con Jesús. Entonces

Pedro le dijo a Jesús: “Señor ¡qué bueno sería quedarnos aquí! Si quieres haremos aquí tres chozas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías”. Cuando aún estaba hablando, una nube luminosa los cubrió y de ella salió una voz que decía: “Éste es mi Hijo muy amado, en quien tengo puestas mis complacencias; escúchenlo”. Al oír esto, los discípulos

cayeron rostro en tierra, llenos de un gran temor. Jesús se acercó a ellos, los tocó y les dijo: “Levántense y no teman”. Alzando entonces los ojos, ya no vieron a nadie más que a Jesús. Mientras bajaban del monte Jesús les ordenó: “No le cuenten a nadie lo que han visto, hasta que el Hijo del hombre haya resucitado de entre los muertos”.

La esperanza en el sufrimiento

Junto con el actuar, el sufrir forma también parte de la vida misma del hombre y el resto de la humanidad, así lo indica el papa Benedicto XVI en su encíclica Spe Salvi, que semana a semana estamos comentando.

El sufrimiento demuestra primeramente nuestra finitud, nuestra debilidad, reflejando también en Él nuestras culpas, el pecado y el mal que cometemos y que influye no sólo en nosotros sino en los demás.

Por eso dice el Papa: “Conviene ciertamente hacer todo lo posible para disminuir el sufrimiento; impedir cuanto se pueda el sufrimiento de los inocentes; aliviar los dolores y ayudar a superar las dolencias”.

Pero debemos saber que extirparlo del mundo por completo

no está en nuestras manos, simplemente porque no podemos desprendernos de nuestra limitación, y porque ninguno de nosotros es capaz de eliminar el poder del mal, de la culpa, que es una fuente continua de sufrimiento. Esto sólo podría hacerlo Dios.

Un Dios que, haciéndose hombre, entra personalmente en la historia y sufre en ella. Hoy nosotros sabemos que este Dios existe y que, por tanto, este poder que quita el pecado del mundo está presente entre nosotros.

Hagamos pues en esta Cuaresma todo cuanto sea posible para aliviar el sufrimiento en el mundo, pero sabiendo que sólo Jesús, el Dios Encarnado, podrá erradicarlo plenamente con su victoria sobre la muerte y el mal.